

Artes y Letras

La Voz del Silencio

por Alfonso Calderón

En la biblioteca del Liceo de Hombres de Los Angeles, frente a los tilos de la Plaza Pública, Jaime Quezada leía a García Lorca, a Neruda, a Parra y a muchos más. Y soñaba la vida, mientras las humanidades se desperzaban largamente.

Los primeros poemas fueron naciendo con la naturalidad de los pregones. Simple, directo, de canto ceñido, sin ser elemental, él y su poesía se trasladaron a la Universidad de Concepción. El poder de la voz poética se hizo más fuerte, el estudio abrió los ojos, la vida aportó nuevas experiencias.

Vino un primer libro. Y las incontables colaboraciones en revistas. Foros, conferencias y discusiones. Una publicación que fructifica, que crece —número a número— en Concepción: **Arúspice**. Poetas de un eterno hoy, no domados por lo pasajero, hallan refugio allí. Los que están vivos acuden al convite de Quezada y los poetas de Concepción. Junto a Trilce, de Valdivia, reivindican los fueros de la poesía.

Jaime Quezada es sencillo, de pocas palabras. Tiene 26 años y la magnífica sabiduría del silencio. Hay quienes aseguran que nunca le han oído hablar y que, en este terreno, es el rival más difícil que le ha salido al camino a Juvencio Valle.

Un jurado apto y honesto premió en 1967 su libro "LAS PALABRAS DEL FABULADOR". Premio Alerce. El tono es simple, sin caer en blanduras. Nada de irse quitando siete velos. Quezada coge la realidad y procede por síntesis. Ve bajo el agua. Lee cartas sin abrir el sobre.

Cada paso es un ejercicio poético. No se pone en trance de pensador ni de colonizador, pero descubre que el secreto de las palabras consiste en hallarles sentido al mismo tiempo que se descubre la vida. "LAS PALABRAS DEL FABULADOR" duplica al capital sin acudir al son de las moneditas. Todo está dicho sin ambages, y un mundo abierto espera bajo las palabras que están vivas.

(De la sección libros y autores

de la revista Ercilla)